

Cloe y el poubolt MÁGICO

+10





WEEBLEBOOKS

© 2019

Autora: Elisabeth Muñoz Sánchez

Ilustraciones: Carmen Ramos

Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>

info@weeblebooks.com

Madrid, España, junio 2019



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Gracias a todas las personas mágicas que han contribuido a la traducción y múltiples correcciones de este cuento: a Claudine Roselló, que sorprendentemente tiene un muñeco “Poulbot” con más de 50 años. ¡Un Poulbot real francés en Andalucía! (como he comentado, son personas mágicas); a Marta y Lola, profesoras de la EOI de Fuengirola, por esa entrañable vocación; y a Dorotea y Albert, unos amigos fabulosos con mucha paciencia (para mí que son un duende y un hada, que se disfrazan por el día de personas).

También se lo quiero dedicar, por supuesto, a mi familia, amistades, pareja... y a todas esas personas que siempre me animan a seguir escribiendo. ¡Gracias por estar ahí!

A los profesionales de la educación, esas/os compañeras/os que dedican cientos de horas a preparar clases divertidas donde las/os niñas/os disfrutan a la vez que aprenden.

A Fernando G. Rodríguez, editor de WeebleBooks, por dedicarle tantos momentos llenos de paciencia a mis historias y al equipo de Weeble en general.

A Dolores por sus revisiones del texto español y a Carmen por esas ilustraciones llenas de cariño, fantasía y color.

Y sobre todo... ¡a todas las niñas y todos los niños del mundo!

Sí, especialmente a ti, que tienes este cuento entre tus manos. Espero que te haga viajar y soñar tanto como a Cloe, tu nueva compañera de aventuras.

Elisabeth

CLOE Y EL POULBOT MÁGICO

¡VIVE LA FRANCE!

Capítulo 1. ¿Un Poulbot?

En su viaje a Francia, Cloe descubrió un nuevo mundo: resolvió enigmas de castillos antiguos, probó más quesos de los que creía que existían y vivió aventuras que sólo se experimentan en sueños. ¿Que cómo lo hizo? Tú continúa leyendo y también descubrirás una Francia mágica.

Cloe, una chica de tu edad, viajó a Francia en unas vacaciones familiares. Después de un par de días de visitas turísticas y colas interminables, comenzó a aburrirse.

La plaza de Montmartre, por el contrario, le pareció un lugar diferente. Allí, artistas callejeros pintaban sus lienzos, otros recitaban poemas junto a los cafés e incluso hacían malabares con mazas u otros objetos. El arte vivo era mejor que en museos, como jugar un partido o verlo desde la barrera.

Entre la multitud, distinguió a un chico con ropas desgastadas y aspecto desaliñado. La miraba fijamente, como si fuese la única persona en la plaza. Se encaminó hacia ella con decisión. Cloe miró a un lado y a otro, ¿la conocía? ¡Realmente se dirigía hacia donde ella se encontraba!

El aspecto extravagante del chico, con su gorra holgada y unos zapatos raídos, despertaron su interés. Bien visto, ese chico parecía salido de una postal antigua.

—Bonjour, je m'appelle Cloe —se presentó ella, con un acento andaluz marcado y algo nerviosa ante el ímpetu de este peculiar personaje.

—¿Me ves? —pese a su marcado acento francés, su tono dejaba entrever una profunda sorpresa.

—Claro... —Cloe se inquietó.

—Nadie más puede verme. ¡Debes ser una persona especial! Yo soy François.

—Es que acaso eres... ¿un fantasma?

El tono de voz de Cloe se elevó tanto que pareció un grito. Su madre se alarmó al verla:

—Cloe, ¿qué te ocurre? ¿Con quién hablas?

Cloe titubeó un instante y comprendió que François no le mentía, nadie más se percataba de su presencia.

—No, nada, mamá, me pareció ver a alguien...



Su madre se giró y continuó inmersa en su conversación con un pintor callejero, momento que aprovechó Cloe para insistir en su pregunta.

—Entonces, ¿eres un fantasma?

—Yo no me llamaría fantasma —respondió—. Soy, más bien, el espíritu de este barrio, soy un “Poulbot”. Si me ves, es porque realmente te gusta Francia.

—¡Por supuesto, aunque me gustaría explorar lugares más interesantes!

—¡Pues yo te los mostraré!

Capítulo 2. Gárgolas en la Occitania

Y sin decir nada más, François agitó una mano al viento, de su palma emergió una nebulosa que los rodeó por completo y todo se volvió gris. Cuando la bruma desapareció, Cloe se encontró en un barco de madera. Atravesaban un río bordeado de plataneras alargadas.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estamos? —la chica no entendía nada.

—Estamos en el canal de Midi, en la región de Occitania, ¿no querías conocer Francia?

—Sí, claro..., sólo es que... no sabía nada sobre... tu magia.

El Poulbot sonrió, pensaba en las sorpresas que se llevaría Cloe en los próximos días.

—¿Sabías que el canal de Midi es uno de los más antiguos de Europa?

—No sabía ni que existía —confesó Cloe, algo avergonzada.

—Por eso estoy yo aquí, para que lo conozcas. Es más, si continúas, llegas a otro canal y puedes viajar desde el mar Mediterráneo al océano Atlántico.

—¡Atravesar Francia por el agua! ¡Eso sí que es una sorpresa!

Mientras navegaban, se oía el suave repiqueteo de unos cristales; era como una agradable melodía. De pronto, el barco paró y el sonido también.

—¿Qué ocurre? ¿Se rompió?

—No, vamos a pasar por una esclusa.

—¿Una excusa?

—¡No! —rio François—. A veces nos encontramos con un desnivel. Para continuar, un mecanismo debe nivelar las aguas. Si no, ¡caeríamos como por una cascada!

Cloe no comprendía muy bien la explicación, aunque caer en picado no le pareció buena idea. Observó cómo su barco permanecía parado frente a un enorme portón mientras llenaban de agua el otro lado del canal. Después de un rato, las aguas estaban niveladas, la puerta se abrió y siguieron el curso del río.

—¡Mira allí! —François señaló un viñedo inmenso—. Gracias a las uvas, llevamos este sonido tan musical en nuestro barco.

—¿Uvas que crean música? Yo sólo escucho el sonido de cristales. ¡Es extraño el sonido de las uvas francesas!

—Bueno, las uvas no, pero el vino que se hace con ellas va en las botellas de la bodega.

A los dos les pareció divertido la idea de unas uvas musicales.

Al pasar por la ciudad de Carcassonne, Cloe contempló la gran muralla y los edificios medievales, y pensó que quizás François la podía transportar también en el tiempo.

—¡Descendamos del barco! ¡Vamos a visitar Carcassonne!

Lo primero que encontraron fue el busto descomunal de una señora tallado en piedra. La chica la observó con desconfianza.

—¡No tengas miedo de la Dama de Carcas! Ella salvó a la ciudad de ser invadida. Aunque eso ocurrió hace tiempo ya, sus habitantes no lo olvidan.

Los dos amigos deambularon por las calles adoquinadas de la ciudad y sus puentes. Cloe observaba con recelo las gárgolas de piedra y sus tenebrosas expresiones. ¡Parecían vivas!



Visitaron también el castillo, la basílica de Saint Nazaire y los puestos de frutas y verduras frescas. Cloe se sentía hambrienta, así que François la llevó a probar la cassoulet, el plato más típico de la zona. El chico olfateaba las habichuelas blancas y la carne con deseo. Ella intentó darle una cucharada, que cayó directamente al suelo, ya que, como todos sabemos, los espíritus mágicos no pueden comer.

Más tarde, se desplazaron a los Altos Pirineos, frontera con España. Allí recorrieron el parque nacional de los Altos Pirineos, jugaron un rato con la nieve y se vieron reflejados en las cristalinas aguas del lago de Gaube.

—¡Gracias por mostrarme la Occitania!
¡Así da gusto viajar! —estaba entusiasmada.

—¡Espera, que aún no te mostré Roquefort!

Y en un instante se encontraron en el pueblo de Roquefort, donde se fabrica ese queso de oveja tan famoso en el mundo entero. Adquirieron un buen trozo en la bodega donde se fabrica y se sentaron a comer en la hierba fresca de la Roca de Combalou. Desde allí, disfrutaron de las vistas del pueblo, bosques y lagos. El fuerte olor del queso le resultaba muy desagradable. Cloe se tapó la nariz, se armó de valor y abrió la boca. Su sorpresa fue enorme cuando comprobó que el queso estaba riquísimo, por lo que se zampó el resto con ganas. François sólo podía olfatearlo. ¡Se llevó la peor parte!

Antes de dejar la región, pasearon por el parque regional des Grands-Causse y practicaron algunos deportes de aventura. Su favorito fue la escalada. Subir como un animal salvaje por las rocas la llenó de vitalidad.

De vuelta a la plaza de Montmartre, Cloe parecía un mimo que fingía escalar una pared. Disimuló y miró a ese Poulbot travieso, que reía desde una esquina. Antes de despedirse, François le pidió que volviese al día siguiente para conocer otra región. La chica comprobó sorprendida que apenas habían pasado unos segundos desde que se separó de su familia. Su madre terminaba de comprar una obra de arte al pintor con el que hablaba anteriormente, así que nadie se percató de su ausencia.

En sueños, Cloe revivió las aventuras del día y deseó que amaneciese para reencontrarse con François, ese Poulbot mágico que la hacía viajar de forma tan divertida.



Capítulo 3. Grand-Est, la Cuna Del Champán

Al día siguiente, Cloe llegó a la plaza entusiasmada. La nueva forma de visitar Francia era la mejor.

—¿Dónde me llevarás hoy? —le preguntó, sin más preámbulos.

—Cierra los ojos y... ¡ábrelos!

Antes de hacerlo, Cloe ya sentía el calor del sol. Los pintores de la plaza habían desaparecido y, en su lugar, unos vendimiadores recorrían las colinas de Champagne, en la región de Grand Est francesa. La chica observó cómo las personas realizaban un trabajo laborioso.

—¿Recolectan las uvas a mano? —Cloe estaba acostumbrada a las nuevas tecnologías.

—Sí, para elaborar el champán. Además, utilizan distintos tipos de uvas; te voy a enseñar algo curioso.

Por el trayecto, la chica observó los verdes campos de viñedos y se fijó en los diferentes tonos de verdes, amarillos y morados de las uvas. Apenas disfrutó de estas vistas cuando se encontró en una cueva oscura.

—¿Dónde estamos? —Viajar con este Poulbot significaba vivir una sorpresa tras otra.

—Es una bodega de champán. Aquí, las botellas permanecen a una temperatura ideal, protegidas de la luz y con todo lo necesario para que el champán sea excelente.

La vista de Cloe se habituó a la oscuridad y comenzó a advertir miles de botellas, colocadas casi bocabajo, en un orden perfecto. Recorrió la galería subterránea hasta que sintió un poco de frío.

—¿Y si volvemos a la luz del sol? —Después de ver varias galerías idénticas, Cloe deseaba un cambio.

Al instante, sintió de nuevo la luz del sol. Además, el viento azotaba con fuerza. Se encontraba en el Grand Ballon, o el Gran Globo, uno de los puntos más altos de la cordillera de los Vosgos. Cloe correteó por la cima y continuó por las crestas del parque natural regional de los Balones de los Vosgos. Mientras contemplaba los bosques de abetos y hayas, escuchó el canto de un urogallo, de los que ya quedan pocos en la Alsacia. Cuando paró a descansar, observó un mojón de separación de terrenos, donde, por un lado, aparecía una letra “D” y por el otro una “F”.

—Antiguamente, servía para separar Francia de Alemania —explicó François—. La “F” corresponde a Francia y la “D” a “Deutschland”, que significa Alemania en alemán.

—¡Cuánto sabes! —exclamó Cloe—. ¡Es una suerte que te pueda ver!

Cloe parecía agotada con tantas aventuras, así que el Poulbot la llevó a la ciudad de Lorraine, donde la invitó a probar ni más ni menos que su típica quiche Lorraine y, de postre, las ciruelas Mirabel, unas ciruelas locales, sabrosísimas y recolectadas ese mismo día.

Antes de irse, visitaron el museo de Georges de la Tour, aunque sus óleos le parecieron bastante tenebrosos a Cloe. Ella solía pintar con colores más alegres.

Ya en la plaza de Montmartre, Cloe prometió volver y viajar de nuevo con su amigo. ¿Dónde la llevaría mañana?

Capítulo 4. Bretagne, ¿quieres unas Crepes?

Su familia no entendía las prisas de la niña en llegar a la plaza de Montmartre. El hotel donde se alojaban estaba justo al lado y cada mañana desayunaban en una de sus acogedoras cafeterías.

Descubrió al Poulbot justo al doblar la esquina. Corrió hacia él y, antes de abrir la boca, ya se encontraba envuelta en esa neblina mágica que la transportaba a lugares sensacionales.

Esta vez volvía a estar en una plaza, pero no una normal y corriente. Las casas eran de piedra y estaban decoradas con maderas cruzadas. A Cloe le recordaban un poco a la casita de chocolate, sólo que en versión gigante.

—¡Una plaza triangular! ¿Dónde se ha visto eso? ¿Y estas casas tan altas? ¡Parecen de cuento! —
Para Cloe, todo era una sorpresa continua.

—Es la plaza del Champ-Jacquet, en Rennes. Son casas muy antiguas, las llaman “Les maisons à pans de bois” o de entramado de madera.

Cloe sintió las piedrecitas salientes del suelo y le recordó a otra ciudad anterior. Descubrió una estatua de un señor algo serio justo en medio de la plaza.

—No temas, era Jean Leperdit, un antiguo alcalde de la ciudad. Sólo vigila su plaza, aunque podría sonreír un poco.

Cloe imaginó que la estatua cobraba vida y reía a carcajadas, aunque no le dio tiempo a comprobar si su pensamiento se hacía realidad, ya que, al pestañear, se encontró en mitad de una fiesta. La gente reía, bailaba y comía unas masas rellenas.

—¿Qué comen? ¡Huele tan bien!

—Son crepes o galletes, estamos en la fiesta de la Candelaria.

—¡Las crepes están riquísimas! Y las “galletes”, ¿qué son?

—Parecido a la crepe, pero la masa se hace con otro trigo y el relleno es salado: queso, embutido, verduras...o mantequilla bretona.

Cloe era bastante golosa, aunque esta vez optó por una crepe con la mantequilla local. Como estaba caliente, la mantequilla derretida le chorreó y le dejó las manos pringosas. Cloe se chupeteó los dedos con gusto y saboreó hasta el último gramo.

—Sería mejor que te lavases las manos —le aconsejó François con una sonrisa.



Y se vieron en un barco, en mitad del océano. El agua salpicaba y entraba en la borda. Al tratar de atraparla, las manos de la joven quedaron relucientes y con sabor a agua salada.

—Este barco nos llevará a la isla de Ouessant.

La embarcación se aproximó a la isla. Cloe se asombró a ver los afilados acantilados y los numerosos faros que rodeaban la isla. A lo lejos, atisbó algunas casas de piedra de un estilo muy distinto a las de antes.

—¡Lo que pueden impresionar unas piedras! —exclamó Cloe al pasar cerca del acantilado.

—Si deseas contemplar piedras alucinantes, espera y verás.

Y, de repente, se encontró rodeada de inmensas piedras, dispuestas en filas ordenadas, como si participaran en un desfile importante y hubiesen ensayado durante meses.

—¿Te gustan los menhires de Carnac? Estas piedras fueron colocadas aquí por la gente de la prehistoria.

—¡Eso sí que fue hace siglos! ¿Y aquella piedra gigantesca al fondo?

—Es el Gigante de Manio. Hay muchas leyendas sobre los menhires. Algunas cuentan que, por la noche, se bañan en el océano.

A Cloe no le gustó la visión de cientos de piedras gigantes deambulando por la pradera. Con François, sabía que cualquier cosa podría ocurrir. Miró al chico y éste comprendió que ya podían partir de allí.

Por el camino vieron unos jabalíes, que removían la tierra y masticaban algo amarillo.

—A los jabalíes y a los cerdos comunes les encanta el maíz, aunque también comen lombrices, frescas y blanditas. La Bretaña es famosa por su carne de cerdo.

Cloe puso cara de asco, no deseaba saborear un jamón de un cerdo comedor de lombrices. Al llegar a Brocéliande, su cara cambió de forma radical. El bosque parecía sacado de un cuento.

—Cuenta la leyenda que aquí vivieron, durante un tiempo, el mago Merlín, Morgana y el caballero Lancelot.

La chica creía vivir en un universo paralelo de fantasía. Incluso le pareció percibir un castillo mágico, sólo visible a los ojos de unos pocos afortunados.

Paseaba por el “Valle de Nunca Volver” cuando se toparon con el “estanque del espejo de las hadas”. Cloe observó su reflejo y, por un instante, creyó ver unas alas semitransparentes a su espalda. Se frotó los ojos y, al abrirlos, se encontró nuevamente en la plaza de Montmartre.

—¿Lo has visto igual que yo?! —preguntó asombrada por la experiencia—. Dime, ¿es que acaso soy un hada?

El padre de Cloe la miró, sonrió y le respondió.

—¡Claro que sí, cariño! Para nosotros eres un hada, ¿lo dudabas?

Mientras se alejaba, el Poulbot respondió también a su pregunta:

—Sí, tal vez provengas de una estirpe de hadas modernas, de ahí que puedas verme.

Y sin más, desapareció entre la multitud y dejó a la chica desconcertada, sin saber ya qué era real y qué fantasía.

Capítulo 5. Auvergne-Rhône-Alpes, ¿un niño y un aviador?

Como cada día, los dos amigos se reencontraron en la plaza de costumbre.

—¡Qué ganas de vivir otra aventura! —exclamó la chica nada más reunirse con él.

De inmediato, Cloe dejó de ver la sonrisa de François, la neblina lo cubrió todo y apareció en la región de Auvergne-Rhône-Alpes, aunque no en el lugar más bonito, precisamente. Se encontraban en una zona industrial descomunal, ubicada junto a un río. Cloe miró a su alrededor, el Poulbot la tenía acostumbrada a visitar sitios con más encanto.

—Creo que es importante que inspecciones la zona industrial de Lyon. Se la conoce como “El Valle de la Química”.

—Sí, productos químicos, qué interesante —comentó Cloe con tono irónico.

Se toparon con un grupo de gente joven que vestía batas blancas. Cloe no imaginaba que los científicos comenzaran a investigar tan pronto.

—Es gente universitaria en prácticas, en Lyon hay varias universidades. Estos estudiantes practican en las industrias farmacéuticas.

Cloe se imaginó a sí misma en esa ciudad universitaria, inmersa en la investigación de una medicina que curase todos los males de la tierra. Sonrió, seguro que algún día la magia del Poulbot la ayudaría a inventar ese medicamento.

—¿Y no podríamos visitar alguna parte más llamativa de la ciudad? — preguntó Cloe, aburrida de tanto humo y construcción gris.

Y así se encontraron ante una columna alargada que terminaba con la escultura de un aviador y un chico. Las figuras le resultaban familiares.

—¡El Principito! ¡Y ése de al lado es el aviador! —La chica no podía contener la emoción, se hallaba ante los personajes de su cuento favorito.

—Sí, Antoine de Saint-Exupéry, el autor, nació aquí, en la ciudad de Lyon. Además, le han puesto su nombre a una calle.

Cloe soñó por un momento con su rosa, el zorro y todos los personajes con los que El Principito se encontraba en la historia.



Divagaba por ese mundo fantástico cuando François la llevó a la colina de la Basílica de Fourvière, junto a la estatua de San Miguel. Desde allí, las vistas de la ciudad eran magníficas: la catedral, el casco antiguo, el río Saona y el Ródano al fondo. Cloe estaba bien sujeta a la estatua. Sentía un poco de vértigo, pero las vistas lo compensaban.

—¡Qué panorama! ¡Gracias, François!

—Ya veo que te gustan las estatuas de esta ciudad.

—Sí, cuando leí el libro vi al niño con el corazón, y ahora veo su ciudad con los ojos. —Ambos rieron

—. ¡Es una pasada contemplarlo todo desde arriba!

—¿Seguro? —la sonrisa del Poulbot era algo picarona.

Así que, en un simple parpadeo, la transportó a la cima del Mont Blanc. Observaron embelesados la nieve que cubría toda la montaña.

—Reconozco este lugar, ¡es el Mont Blanc! —gritó la chica—. En Andalucía, he esquiado en Sierra Nevada, pero siempre soñé hacerlo en esta montaña.

Y como, junto al Poulbot, todos sus deseos se cumplían, unos brillantes esquíes aparecieron en sus pies y, antes de decir “gracias”, ya descendía por esa elevada montaña. François la seguía de cerca, flotaba a su alrededor, como hacen los espíritus mágicos.

Cloe creyó que nada podría sorprenderla más, aunque se equivocaba. Sin previo aviso, François le cambió las vistas blancas de la nieve por unos tonos verdes. Ante ellos se hallaban unos montes culminados en unos círculos muy originales.

—Lo que ves eran volcanes; esos círculos en los que terminan algunos montes son cráteres.

—¡Volcanes! ¿Y si erupcionan?

—Tranquila, están inactivos. Esto es el parque natural regional de Volcanes de Auvergne, uno de los parajes naturales más salvajes de Francia.

—Sí, el Mont Blanc es el monte más alto, pero este paisaje... ¡es tan distinto a todos!

Cloe se alegraba de visitar lugares tan fabulosos, su llegada a la región había mejorado a lo largo de su recorrido. François pensó que su amiga estaría hambrienta, así que la llevó a Savoie. Allí se integró en un grupo numeroso que preparaba una fondue con quesos locales, emmental y algunos tipos diferentes de gruyeres. Un señor le explicó que la fondue es un plato típico suizo, pero que a ellos les encantó y, desde hace años, la preparan con sus quesos.

Cloe recordó lo mal que olía el queso roquefort y lo rico que estaba, así que se unió a la comida. Se dio cuenta de que este país contaba con un sinfín de quesos y que todos estaban sabrosísimos. Vio cómo alguna gente pinchaba un trozo de pan en un pincho largo y lo hundía en la mezcla fundida de quesos, así que los imitó. Como no tenía experiencia, el pedacito de pan se escapó del pincho y cayó al cuenco común. A Cloe le dio vergüenza, se tapó la cara, y, al apartar las manos, se encontraba a salvo, en su plaza de los encuentros.

El día había sido de fábula, como todos los anteriores.

Capítulo 6. HAUTS-dE-FRANCE, a Inglaterra en tren

“¿Dónde me llevará hoy François?”, pensaba Cloe nerviosa mientras se dirigía a la plaza. Le sorprendió ver al Poulbot con un casco entre sus manos. “¿Para qué lo utilizará?”.

—¡No hay tiempo que perder! Lo de Hauts-de-France te va a encantar.

Y sin darle tiempo a preguntar, le colocó el casco. Cuando la neblina desapareció, se encontró sentada en un tren antiguo de carbón, dentro de una mina. Enseguida comprendió la necesidad del casco, era uno de minero.

—Estamos en el pueblo de Douai, hace años fue un pueblo minero. Cerraron la mina hace años, pero ya sabes que mi magia lo puede todo.

De repente, el tren, parado durante décadas, comenzó a circular. Ambos transitaron un rato por las galerías. François encendía antorchas colocadas en las paredes e iluminaba los oscuros pasadizos.



Más tarde, caminaron por el pueblo. Al ver la torre de la campana, la Beffroi, se quedó tan impresionada que no se percató de que unos seres gigantescos se dirigían hacia ellos. Al verlos, Cloe se asustó y se giró para correr en dirección contraria. Casi se cae a uno de los canales. Menos mal que François la sujetó antes de darse un frío chapuzón.

—¡No te asustes! —dijo para tranquilizarla—. Es la fiesta de Gayants, donde los habitantes de Douai se disfrazan de gigantes. No son peligrosos.

Cloe se calmó y se acercó para observarlos. Escuchó una lengua extraña, una que no era la habitual.

—No hablan francés —le aclaró François, que adivinó por su expresión lo que pensaba—, es flamenco. Antiguamente, este pueblo pertenecía a Flandes.

—¿Flamenco? ¿Una lengua? —Cloe, acostumbrada a oír y bailar flamenco en Andalucía, no comprendía cómo también se podía llamar así a una lengua, a un animal... ¿Por qué no inventaban palabras nuevas, en lugar de repetir la misma para confundirla?

François decidió llevarla al norte, al Paso de Calais. Allí, pasearon por playas de arenas finas y blancas, con dunas, acantilados e incluso bordeadas de pinos. ¡Cómo cambiaban esas playas cada dos pasos!

—¿Quieres visitar Inglaterra? —preguntó François, que nunca se había alejado tanto de su tierra—. Sólo hay que coger el eurotúnel.

—¿Inglaterra? ¿Ya conozco toda Francia?

—No, aún me queda mucho por mostrarte, sólo nos daremos un paseo en tren.

A medida que el transporte se alejaba de Francia, François se volvía más y más transparente.

—¡Regresemos! Creo que tu magia no funciona bien fuera de tu país. No me alegraría quedarme sola aquí.

Antes de desaparecer por completo, el Poulbot la llevó de regreso a Francia, a un barrio bastante pintoresco. Se encontraban ante unas pequeñas casas de colores alineadas a lo largo de un canal, por el que circulaban pequeñas embarcaciones.

—Estamos en Amiens, en el barrio medieval de Saint-Leu, aunque es más conocido como “la pequeña Venecia del Norte”.

Pasearon por la calle mientras Cloe admiraba la variedad de colores de esas casitas antiguas, y llegaron al puente de Dodane. Desde allí, observaron maravillados la puerta de la catedral, situada al frente. La iluminaban con luces de colores muy llamativas.

—Hace muchos siglos, en la Edad Media, la puerta tenía esas tonalidades. Ahora sólo los vemos de vez en cuando, con las luces.

Cloe caminaba y miraba a su alrededor fascinada. Una torre redondeada llamó su atención.

—¡Entremos, ya verás qué interesante!

En el interior, los objetos de la casa le hacían recordar algo, sin saber bien el qué. Sobre la mesa, encontró un globo terráqueo y un libro desgastado por el paso del tiempo.

—La vuelta al mundo en ochenta días —leyó Cloe—. ¡Julio Verne! Es un libro de Julio Verne. ¿Estamos en su casa?

—Sí, vivió aquí bastantes años.

—¡Qué ilusión! —exclamó Cloe mientras correteaba de un lado para otro—. Cada vez que pienso que no puedes sorprenderme más, lo haces de nuevo.

—Cierto —dijo François con rostro burlón—. Anda, recobra fuerzas con esta confitura de remolacha de la región. Cuando estés lista, prepárate para una fantástica despedida.

Cloe saboreó la confitura y llegó a la conclusión de que todos los alimentos de este país estaban exquisitos. ¡Qué pena que el Poulbot no pudiese probarlos! Decidió no decirle nada, no quería hacerlo sufrir.

—¿Ya estoy lista?

—¿Te resultan familiares los nombres de René Goscinny y Albert Uderzo?

—No, ¿son amigos tuyos?

—Son amigos de todos los niños y niñas, ahora verás porqué.

Cloe miró a su alrededor, y lo que vio la llenó de entusiasmo, alegría y miles de emociones más.

—¡Astérix! ¡Obélix! ¡Su parque!

—Sí, esos señores inventaron estos personajes. ¡Ahora vamos a disfrutar un rato!

Ambos recorrieron el parque y se encontraron a los personajes del cómic: Astérix, Obélix, Julio César, Panorámix... Idéafix olfateó a François: tal vez los perros tengan un sexto sentido. Cloe se acercó a tocar al animal.

En Montmartre, Cloe acariciaba en ese momento una papelera. Intentó disimular y se sacó un papel del bolsillo para tirarlo. Nadie se percató de la broma del Poulbot, que siempre la trasladaba en el momento menos oportuno.

La familia no entendía cómo la chica, tan enérgica unos segundos antes, parecía estar exhausta. Y es que este Poulbot se las arreglaba para que el tiempo no pasara en la plaza. Así nadie se preocupaba por su ausencia.

“Este Poulbot es un tipo listo”, pensó Cloe.

Capítulo 7. NOUVELLE AQUITAINE, ¿viajamos al futuro?

—Anoche soñé con tantas aventuras, ¿dónde vamos hoy? —Cloe parecía más impaciente que otros días.

—Por lo que veo, disfrutas con mis viajes.

—¡Disfrutar! Más que eso, ¡es una flipada!

El Poulbot no comprendía bien el argot de la gente de estos tiempos, aunque imaginó que estaba encantada.

Esta vez, se encontraron rodeados de fuertes vacas marrones. Cloe se encontraba justo al lado del trasero de una de ellas. El animal intentaba apartar una molesta mosca con el rabo, con tan mala suerte que fue a darle a Cloe en la cara. La chica dio un paso atrás y metió el pie en una boñiga que la vaca acababa de depositar. Su cara mostraba enfado y decepción.

—¿Se te pasó el entusiasmo? —le preguntó el Poulbot mientras salían de entre las apacibles rumiantes.

—¡Qué asco!, ¿no puedes hacer algo para quitarme esto del pie? —protestó la chica mientras señalaba los restos de excremento de su zapato.

—Ya veo que las vacas de Limousin no te gustan mucho. Venga, vamos a un lugar donde podrás limpiarte.

Aparecieron en una playa estrecha. Cloe se limpió bien los zapatos, quería eliminar también el fétido olor. Al alzar la vista, le llamó la atención la fila interminable de árboles situados a lo largo de toda la playa.

—Estamos en el bosque de Landes, una barrera de árboles que bordean la costa de Nueva Aquitania.

Pasearon un buen rato junto a la orilla; Cloe encontró muchos pinos, pero también robles y alcornoques, árboles altos y fuertes. El romper de las olas y el calor del sol le recordaban a su tierra andaluza.

Cerró los ojos y aspiró el olor a sal; a la siguiente inspiración, olía a humedad y piedra. Al abrirlos, la oscuridad la rodeaba. Cuando la vista se adaptó a la oscuridad, comprobó que estaba en una cueva. El Poulbot, tan precavido, había capturado un rayo de sol en la playa y lo utilizaba ahora para iluminar el lugar. En el techo, pintados, una manada de robustos toros corría despavorida. En las paredes de la gruta vieron también caballos, ciervos y otros animales. Casi todos se encontraban en mitad de una carrera, como si alguien intentara cazarlos.

—¿Estamos en España? Creo que esto es la cueva de Altamira. La he visto en clase.

—Se parece, pero no lo es. Podría ser su prima francesa —sugirió François con una sonrisa—. Es la cueva de Lascaux y fue descubierta por unos niños de tu edad.

—Sí, pero estas pinturas no las hicieron ellos, ¿verdad?

—¡Claro que no! Las hicieron en la prehistoria, hace siglos. Son pinturas rupestres. Las dibujaban antes de cazar, por eso hay tantas escenas de cacería y animales que escapan.

A Cloe, la sala de los toros la intimidó: si esos animales cobraban vida, le harían algo más que golpearle la cara con el rabo, como las vacas de Limousin. Visto así, lo de su zapato le parecía una tontería.

François la llevó a través de un campo de maizales, típicos en la zona de Aquitania. Junto a una casa de campo, una señora tostaba maíz al fuego. Cloe se aproximó y ella le dio una mazorca calentita.

La cogió con una sonrisa de agradecimiento y saboreó el manjar. Después de los sobresaltos, un bocado tierno resultaba ser una buena recompensa.

Continuaron su paseo por la ciudad de Burdeos, una ciudad repleta de monumentos e historia. Al pasar junto al canal de Garona, François le recordó que éste se unía con el de Midi, por el que pasearon en la región de Occitania. Ambos enlazaban el océano Atlántico con el mar Mediterráneo.

—El vino de Burdeos es muy famoso, quizás es el que llevaban en el barco el día que recorrimos el canal de Midi.

—¡Sí, el de las uvas musicales! —Ambos rieron al recordar la confusión de días anteriores.

—¿Vamos a pasear por el canal de Garona?

—No, voy a llevarte al sitio más divertido de toda la región, está en Poitiers.

—En Poitiiiiiiii...

Cloe no terminó su frase cuando circulaba a gran velocidad, montada en una mariquita voladora.



—Estamos en el mundo mágico de los Minimoys.

—¿Esto es real? —preguntó Cloe, incrédula. Ya esperaba cualquier cosa de su mágico amigo.

—Estamos en el Parque del Futuroscope, en una animación del mundo mágico de Arthur y los Minimoys.

Cloe observaba a los personajes del cuento como si fuesen auténticos. En un lateral, un señor real, de carne y hueso, le llamó la atención.

—¿Es un visitante como nosotros?

—No, es Luc Besson, el director y autor de la película de los Minimoys.

Se acercaron a saludarlo y Luc los invitó a dar una vuelta por el parque. Sorprendentemente, el director también podía ver y oír al Poulbot. Se ve que, aunque adulto, aún creía en el mundo de la magia. François le hizo cientos de preguntas sobre los Minimoys y sus costumbres. Pensaba que tal vez eran seres reales, sólo visibles a los ojos de algunas personas especiales.

Antes de marcharse, fueron a bailar a la sala de los robots.

Cloe estaba tan concentrada que no se percató de nada cuando apareció en mitad de la plaza de Montmartre, con movimientos robóticos, la melena revuelta y la piel sudorosa. Varios paseantes la miraron y pensaron que la chica estaba un poquito trastornada. Intentó disimular, se acomodó el pelo y se secó el sudor, sin dejar de mirar a François con rostro serio. A ella la broma no le parecía nada divertida, pero así era su amigo.

Capítulo 8. CORSE et D'Autre-mer, ¿África, América?

Aquella mañana la plaza era un bullir de gente, no fue fácil encontrar al Poulbot entre la multitud. Cloe ya se impacientaba cuando, repentinamente, François apareció de detrás de un caballete, risueño y dispuesto a llevarla a nuevos y desconocidos lugares.

—¡Buenos díaaaaas!

Antes de terminar su saludo, la nebulosa gris la envolvió. Frente a ella, el color gris permanecía, aunque transformado en una enorme piedra con cierta forma humana.

—Te presento a Filitosa —anunció François de forma ceremoniosa—. Es el menhir más famoso de este yacimiento arqueológico de la isla de Córcega.

—¿Un menhir? ¿Cómo las piedras que me enseñaste en Carnac? A mí me recuerda más a la señora de Carcas, la que protegía la ciudad de Carcassonne.

—Bueno, en realidad estos menhires los construyeron para protegerse de pueblos invasores.

—Sí, dan un poco de miedo. ¿Seguro que no son gigantes hechizados? ¡Espero que no cobren vida!

—Ahora entiendo por qué puedes verme, ¡tienes todo un mundo fantástico en tu cerebro!

A Cloe le pareció divertido imaginar otros mundos y seres imaginarios dentro de su cabeza, vivos y reales.

Pasearon por Ajaccio, donde frente al ayuntamiento colgaba una bandera blanca. En ella, aparecía el perfil de una cabeza oscura con una bandana blanca en la frente. Cloe la miró extrañada porque, más abajo, un cartel mostraba la misma cabeza, aunque la bandana le cubría los ojos.

—Es el símbolo de Córcega. Antes, la bandana le cubría los ojos, pero se la subieron a la frente como signo de libertad. Siempre han luchado por sus derechos. Fue aquí donde se adoptó la primera constitución de la historia que otorgaba el derecho de voto a las mujeres.

Cloe visualizó, con su mente privilegiada, la primera mujer que votó en Córcega y se sintió orgullosa de estar en una tierra que defendía la igualdad desde hacía tanto tiempo.

Salieron a las afueras y continuaron su recorrido a través de unos olivares. Un aceitunero le dio un trozo de pan con aceite y queso de cabra de elaboración casera.

—Algún día te llevaré a Andalucía, es muy parecida a esta isla.

Desde el acantilado de la ciudad de Bonifacio, contemplaron cómo algunos pescadores echaban sus redes. Entre las rocas, una cabra montesa los observaba con mirada atravesada. A Cloe no le apetecía ser embestida y lanzada al mar desde aquella altura, así que decidieron alejarse.

—¿Quieres ver otras islas y territorios de Francia?

—¡Claro! ¡Me encantan todos los lugares a los que me llevas!

—Te llevaré a algunas. Son islas y regiones de África y América. La zona de Ultramar.

—¿Tan lejos? ¡Tardaremos semanas!

—Con mi magia, las distancias no existen.

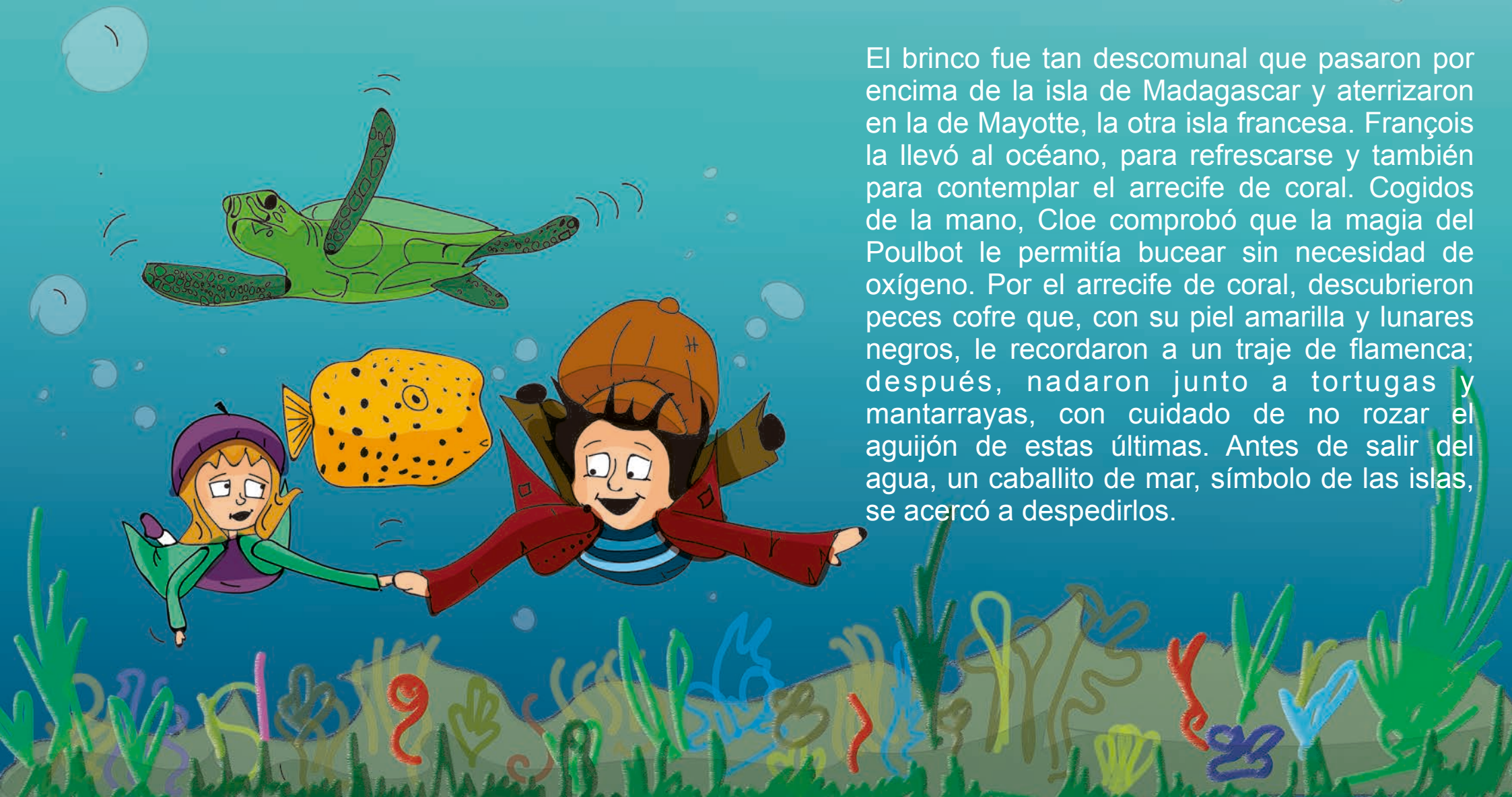
Y dicho y hecho, al segundo se encontraban en la cúspide de una montaña. O eso le pareció a Cloe, hasta que comenzó a sentir bastante calor.

—Estamos en el Pitón de la Fournaise, en la isla de Reunión.

—¿Pitón de qué? —Cloe se fijó mejor y vio que estaba muy cerca de un cráter donde bullía lava—. ¿Un volcán? ¿Me has traído a un volcán activo? ¡Tú serás un espíritu que no come ni siente, pero yo aún estoy viva y aquí hace un calor asfixiante!

François sujetó fuertemente a la chica y dio un enorme salto. Desde arriba, Cloe observó como el volcán erupcionaba. “¡Justo a tiempo!”, pensó.

El brinco fue tan descomunal que pasaron por encima de la isla de Madagascar y aterrizaron en la de Mayotte, la otra isla francesa. François la llevó al océano, para refrescarse y también para contemplar el arrecife de coral. Cogidos de la mano, Cloe comprobó que la magia del Poulbot le permitía bucear sin necesidad de oxígeno. Por el arrecife de coral, descubrieron peces cofre que, con su piel amarilla y lunares negros, le recordaron a un traje de flamenca; después, nadaron junto a tortugas y mantarrayas, con cuidado de no rozar el aguijón de estas últimas. Antes de salir del agua, un caballito de mar, símbolo de las islas, se acercó a despedirlos.



Emergieron en la playa de Soulou y se quitaron el salitre con un baño en la cascada. Limpios y frescos, visitaron el bosque, donde unos makis, los lémures de la isla, jugaron con ellos un buen rato. Cloe se volvió a agarrar a la cola de un maki revoltoso cuando se encontró en otro bosque totalmente distinto. Los árboles eran diferentes, y en sus troncos crecían helechos, musgo y hasta preciosas orquídeas blancas.

—¿Has visto que rápido hemos llegado a la Guayana Francesa, en América del Sur?

—¿América? ¡Si estábamos en África!

—Así de veloz soy —François guiñó risueño—. Este bosque forma parte del Amazonas, estamos cerca de Brasil.

Cloe admiraba y analizaba cada detalle a su alrededor. Posada sobre una enorme hoja, una ranita amarilla y negra los miraba con curiosidad. La chica fue a acariciarla y François le sujetó la mano.

—Cuidado: aunque pequeña, la rana flecha es muy venenosa. Su color amarillo te avisa.

Cloe recordó que el color amarillo y rojo de los animales indicaban que podían ser venenosos, aunque la carita de inocencia de la rana la había confundido.

Pese a estar algo cansados, François llevó a Cloe a las dos últimas islas francesas de América, situadas algo más al norte. Cloe se encontró junto a una enorme casa antigua.

—¿Dónde estamos ahora? —No terminaba de acostumbrarse a esos cambios tan repentinos.

—En la isla de Martinica, esto es el Caribe. —Cloe no parecía convencida. Su imagen del Caribe eran playas de arenas blancas y cocoteros, así que François continuó—: A este tipo de casa se les llama “habitación”, son antiguas casas coloniales.

Cloe pensó que aquella casa tan enorme seguro que tenía muchas “habitaciones”, aunque no quiso entrar en un juego de palabras. Cerca de la casa, un majestuoso árbol llamó su atención.

—Éste es “Zamana”, fue declarado el árbol más bello de Francia.

Cloe se dirigió a él y lo abrazó un rato. Sintió su paz y años de sabiduría. Y es que ese anciano había vivido muchas historias bajo sus ramas.

Y, como siempre, François la trasladaba cuando menos se lo esperaba..., y así se vio en mitad del mercado de las especias de San Antonio, en Pointe-à-Pitre, abrazada a una fuente.

—A la isla de Guadalupe se le llama también “la isla de las especias”.

Cloe pudo comprobar rápidamente porqué. Un mercado multicolor se abría ante ella, todo repleto de especias multicolor. Se dispuso a olfatear algunas, cautivada por los distintos olores, sin percatarse de que, con la emoción, se manchaba la cara con unas y otras especias.

En la plaza de Montmartre, apareció una chica con la cara teñida de múltiples colores. Su familia la observaba con cierta preocupación, Cloe hacía cosas muy raras desde que llegaron a Francia.

Capítulo 9. BOURGOGNE-FRANCHE-COMPTÉ, la magia De los Galos

Cada mañana, Cloe corría en dirección a la plaza. Sus padres aún no entendían su interés; sin embargo, se alegraban de su entusiasmo.

—¿Comenzamos hoy con algo divertido? No más caca de vaca, ¡promételo!

El Poulbot sonrió, Cloe no sabía si temer o alegrarse con lo que verían.

Lo primero que sintió fue un chorro de agua fresca directo a su cara. Al abrir los ojos, vio decenas de chorros que lanzaban agua a diestro y siniestro. Saltaba para esquivar uno y caía en otro.

François reía a carcajadas, aunque nadie lo oía. En cambio, Cloe chillaba y alborotaba la nueva y enorme plaza en la que se hallaban. Al final, Cloe también reía y jugueteaba con los chorros, eran más divertidos de lo que imaginó en un principio.

—Mira a tu espalda, es el Palacio de los Duques de Borgoña, estamos en Dijon.

Cloe se quedó perpleja al ver el majestuoso palacio. Entraron y recorrieron sus amplios salones, donde, siglos atrás, reyes y nobles habían bailado por sus alfombras decoradas.

De paseo por la ciudad, Cloe advirtió un tarro que le resultaba familiar, recordaba haberlo visto antes.

—Es la mostaza de Dijon, mundialmente conocida. Pruébala con pan de especias.

Cloe dudó un instante, pero como era curiosa y le gustaba probar alimentos nuevos, se abalanzó sobre el bote. La cara que puso le indicó a François que el sabor le resultaba demasiado intenso.

—¿Y si la pruebas con caracoles, que es otra especialidad de aquí?

Junto a ellos, una señora intentaba sacar un caracol de su concha; tenía un succulento plato delante. Cloe lo miró con asco, recordaba ver esos animales pasearse por su jardín los días de lluvia. Los restos de babas que dejaban no la invitaban a meterse uno en la boca.

—¡Ni hablar!

Y no dijo nada más, ya que el caracol salió disparado de las manos de la señora y dio a parar justo en la boca de Cloe, que se taponó como un corcho en una botella. Las risas del Poulbot eran tan fuertes que incluso las oyeron algunos paseantes.

Para olvidarse del incidente, continuaron su trayecto en bicicleta y se fueron a explorar la Vía Verde de Saona y Loira. Cuando François le explicó que la vía constaba de ciento veinte kilómetros, Cloe se quedó blanca. Así que cuando vio la Abadía de Cluny junto al trayecto, decidió descansar y explorar el lugar.

En el interior de la abadía reinaba el silencio y la calma, sólo interrumpido por el trinar de algún pájaro. A Cloe le resultaba extraño, acostumbrada al ruido de la ciudad.

En el coro de una iglesia, unas esculturas con personajes tallados en piedra llamaron su atención. Tocaban instrumentos y parecían danzar. Cloe caminó alrededor de las columnas donde se encontraban; los contó, eran ocho. Comenzó a percibir un sonido, cada vez más alto. Abrió los ojos sorprendida y se dirigió a su amigo:

—¡Son ellos! ¡Los personajes de piedra!
¿Los oyes?

El Poulbot comenzó a bailar al ritmo de la música. Cloe se unió a la danza y bailotearon alrededor de las columnas. Por un instante, le pareció que alguno de los personajes se movía, animado por el ambiente de alegría y alboroto que habían creado.



Prosiguieron su viaje en bicicleta, ambos con una sonrisa. Al llegar a un parque natural, Cloe observó un chico en silla de ruedas, desplazándose por un camino adaptado.

—El parque natural regional de Morvan ha habilitado senderos para gente con problemas de movilidad.

—¡Qué bien! Así todas las personas pueden visitarlo.

—¡Lo mejor, como siempre, se ve desde arriba!

Y subieron y subieron hasta llegar a la cima del monte de Beuvray. Desde allí, se dejaban entrever lagos, bosques y parajes naturales alucinantes.

—Las vistas son fantásticas, aunque, si miras detrás de ti, descubrirás Bibracte.

—¡Ah!, vale, más construcciones antiguas.

—Creía que te gustaban Astérix y Obélix.

—¡Claro! Me encantan los cómics.

—Pues esto no es una simple construcción antigua, es un yacimiento arqueológico galo. Vamos, que los galos vivieron aquí. Seguro que fue donde inventaron la poción mágica.

—¡Esa poción no existe!

—Que no la conozcas no quiere decir que no exista. Mírame, mucha gente no cree en mí.

A Cloe le brillaron los ojos. Se lanzó a indagar entre las piedras, en busca de la marmita mágica. Casi desistió cuando François le ofreció un cazo con una poción extraña. Dudó un momento, finalmente, la probó y... adquirió tal fuerza, que cogió unas enormes piedras e hizo con ellas malabares. ¡Qué emocionante era la magia!

Cuando se pasó el efecto de la poción, no volvieron a coger las bicis. François arrancó un Citroën dos caballos y se montaron. Era un modelo antiguo que Cloe recordaba de alguna foto de los abuelos. Al volante conducía un maniquí dirigido por su magia, así no levantaba sospechas. Circularon hasta la ciudad de Montbeliard, famosa por su industria del automóvil. Después de recorrer la ciudad y ver algunos parques y monumentos, aparcaron frente al Pabellón de las ciencias y entraron a visitarlo. Se unieron a los experimentos científicos, casi tan mágicos como la poción de los galos. Cloe diseñó un Poulbot con el ordenador y lo cortó con láser. El monitor la felicitó por su creatividad; lo que no sabía el amable señor es que Cloe tenía al modelo justo frente a ella.

Al salir, un buen trozo de queso de Compte y una salchicha de la localidad le hicieron recordar a Cloe lo mucho que los franceses disfrutaban de sus quesos. Ella comenzaba a cogerle el gusto también.

En la plaza de Montmartre, una joven con la boca llena intentaba tragarse su último bocado para no levantar sospechas. Durante un rato procuraría no decir nada, pues su aliento la delataría.

Capítulo 10. PROVENCE-ALPES-CÔTE d'AZUR, ¿mar o Campos DE lavanda?

Cloe comenzaba a acostumbrarse a las bromas del Poulbot, cualquier cosa podía esperar. Aunque disfrutaba tanto a su lado, que lo demás carecía de importancia.

—¡Hoy vamos a PACA! —vociferó François al ver a Cloe entrar en la plaza.

—¿PACA? ¡Así se llama la kiosquera de mi barrio! ¿Quieres comprar el periódico?

El Poulbot la miró extrañado: para él, PACA es como se denominaba a la zona de Povençe-Alpes-Côte-d'Azur; es decir, eran las siglas de la región. Por lo visto, para Cloe significaba “señora de la prensa”. François pensó que, quizás, en un futuro, a él le gustaría descubrir España. De momento, ya iban de camino a PACA.

Aquella mañana, el Puerto Viejo de Marsella estaba más concurrido que la plaza de Montmartre. La gente se arremolinaba en torno a las bandejas del pescado. Cloe, acostumbrada a las pescaderías habituales, se quedó perpleja cuando vio las bandejas con agua y pescado aleteando. ¡Eso sí que era pescado fresco! Uno de ellos dio un brinco y cayó al suelo. El pescadero no se dio cuenta, así que Cloe, defensora de los animales, lo lanzó al agua.

—¡Eres libre, pececito!

Marsella era el primer puerto mercantil de Francia, por lo que el pescadito tuvo que arreglárselas para escapar de entre aquellos enormes barcos.

En la misma Marsella, en la cima de un monte, el sol se reflejó sobre una figura dorada.

—¿Qué es aquello que brilla?

—Es la basílica de Nôtre Dame de la Garde o Señora de la Guarda; lo que te deslumbra es la escultura dorada de la virgen.

Al llegar a la basílica, la figura dorada le pareció a Cloe aún más grande. En el interior, unos arcos blancos y rojizos le recordaron a la mezquita de Córdoba. Desde el exterior, la inmensa ciudad de Marsella se extendía ante ella, con sus titánicos barcos anclados en el puerto. Disfrutaba de las vistas cuando, de repente, se encontró en medio de un infinito campo lila.

—Estamos en la meseta de Valensole. Como ves, aquí todo lo que se siembra es lavanda. La Alta Provenza es famosa por ella.

—¡Lila! ¡Mi color favorito!

Cloe recorrió los surcos que había entre las largas hileras de plantas de lavanda. El color daba paz y alegría al mismo tiempo. El perfume de la flor le recordaba a su abuelita, que siempre tenía un saquito de lavanda seca en su mesita de noche.

—Como sé que te gusta la naturaleza, Camarga te va a encantar.

Y así es como Cloe se halló en mitad de un estanque, con flamencos rosados y toros pastando en las cercanías. Pasearon por arrozales y pantanos sin importarles si se mojaba los pies. Al llegar a las salinas, unos caballos salvajes corrían entre las aguas. Este parque le recordó a Doñana. En realidad, ¡Francia y España tenían tanto en común!



De vuelta al medio urbano, transitaron por el tradicional mercado provenzal de Antibes, ciudad fortificada junto al mar. En los puestos, Cloe admiraba la infinidad de frutas, sin saber cuál le gustaría más.

—Recuerdo que las cerezas son locales y estaban muy sabrosas. —Algún tiempo atrás, François fue un niño y disfrutó de la comida, como cualquier otro ser—. Y el melón es de Cavaillon, está riquísimo.

Cloe sintió pena por ese chico que sólo disfrutaba de sabores en su recuerdo. Cogió una cereza grande y jugosa y se la metió en la boca. La tendera le dio también una tajada anaranjada de melón, uno más pequeño y redondeado que los de piel de sapo a los que ella estaba acostumbrada. ¡Todo estaba tan sabroso!

Pasearon por la localidad y, al llegar al castillo, Cloe leyó un cartel que ponía: “Museo Picasso, ciudadano de honor de esta localidad”.

—¿Picasso? ¿El pintor malagueño? ¿Un museo? ¿Aquí?

El Poulbot no sabía a qué responder primero, así que lo hizo en orden.

—Sí, ese pintor. Hay un museo suyo aquí, en Antibes.

Cloe ya estaba dentro cuando François terminó de hablar; luego pateó la galería hasta que no le quedó un cuadro por descubrir. ¡Se sentía tan orgullosa de este pintor malagueño!

—Además de la naturaleza, veo que te gusta el arte. Te llevaré a Arlés.

Y en un santiamén, se hallaban frente a la casa amarilla de un famoso pintor francés.

—Van Gogh vivió aquí durante unos años; además de la casa amarilla, pintó algunos otros lugares del pueblo. Te llevaré a ellos.

Así que visitaron su conocida habitación, el puente de Langlois y los campos de trigo. Más tarde, le mostró los cuadros y Cloe reconoció algunos lugares. Le extrañó que pintase la casa amarilla tantas veces.

—Van Gogh, como muchos pintores de su época, pintaba el mismo lugar a diferentes horas, para ver cómo cambiaba con la luz.

—¡Le gustaba la luz tanto como a mí! —exclamó Cloe, acostumbrada a la luminosidad del Mediterráneo.

—Sol y mar, eso es lo que busca mucha gente cuando llega a la Costa Azul.

Y así es como Cloe apareció en la Cala o Calanque d'En-Vau, una de las playas más bonitas de Cassis.

Cloe chapoteaba en las aguas cristalinas cuando se percató de que un pez la perseguía, saltaba a su alrededor e intentaba jugar con ella. Lo observó con atención y dio un salto de alegría.

—¡François! ¡Mira! ¡El pez de Marsella!

—Sí, viene a darte las gracias. ¡Le salvaste la vida!

Cloe dejó quieta su mano bajo el agua y, sorprendentemente, el pez nadó hasta rozarla. Con sus caricias hacía cosquillas a la chica, que sonreía y se alegraba de la suerte de su amigo.

Esta vez no supo cómo explicar a sus padres lo de los pies mojados, aunque ellos optaron por no hacer preguntas. Estaba claro, a su hija le pasaba algo raro. Cloe miró con gesto de enfado al Poulbot. François siempre la trasladaba en el momento menos oportuno.

Capítulo 11. NORMANDIE, ¿ese monte es real?

Algunos pintores de la plaza colocaban sus caballetes y preparaban su material, era más temprano de lo habitual. Cloe pilló desprevenido al Poulbot, mientras pintaba una mujer con la mano alzada y ropas antiguas.

—No sabía que pintabas, ¿quién es?

François no parecía sorprenderse por su presencia, distinguía el sonido de sus pasos de entre la multitud.

—Es Juana de Arco, una libertadora del pueblo francés.

Y sin más preámbulos, se encontraron en una plaza con casas muy similares a otras que Cloe ya conocía.

—¿Estamos en Rennes? Son las casas “à pans de bois”.

—Se parecen porque la región de Normandía está al lado, pero hoy te traigo a la Place du Vieux Marché, en Rouen.

—¿Tiene que ver algo con Juana de Arco?

—Sí, aquí la quemaron, aunque después la proclamaron santa e hicieron una iglesia en su nombre. Está frente a nosotros, la église Sainte-Jeanne-d'Arc.

La iglesia parecía algo más moderna de lo que Cloe estaba acostumbrada; en su interior lo que más le llamó la atención fue una antigua talla en piedra de Juana. Y es que a Cloe le gustaba más lo sencillo y natural.

Más tarde, la llevó al puerto mercantil, donde se cargaban y descargaban grandes contenedores de unos gigantescos mercantes. Cloe se sintió diminuta entre tanto titán. La chica pasó con rapidez y recelo bajo una grúa que sostenía una cuba de varias toneladas, miró al Poulbot con cara de súplica y le hizo una sugerencia.

—En realidad, prefiero la naturaleza a los lugares comerciales.

François reaccionó tan rápido que al segundo ya sentían la brisa del océano en la Costa de Alabastro, donde al fondo se encontraban los acantilados de Étreat.

—¡Mira que arco más bien hecho! —exclamó la chica entusiasmada, alegre de encontrarse en un sitio más tranquilo y natural.

—Sí, con los siglos las olas crean formas en las rocas.

—¡Y aquella piedra parece un dedo que señala el cielo!

Y así pasaron un rato, a la búsqueda de figuras creadas por la naturaleza. Vieron las orejas de una ardilla, la cola de un ratón y hasta la trompa de un elefante. La imaginación de los jóvenes no tenía límites.

De paseo por la región, se encontraron con grandes setos e hileras de árboles. Cloe imaginó que servirían para separar terrenos, una forma más armoniosa de hacerlo que con alambradas o vallas artificiales.

—A esto lo llaman el bocage, y, sí, sirve para delimitar parcelas.

Cloe se extrañó, ¿podría François leerle el pensamiento?

Y vuelta al océano..., este chico la tenía mareada con tanto cambio. Aunque esta vez se encontró junto a unas pequeñas islas rectangulares, todas en fila, con un manto de algas verdes que las recubrían.

—¿Te gustan las ostras? ¡Mira que criadero tan inmenso en la bahía de Veys!

—¿Ostras? ¿Bajo esas pequeñas islas?

—Son cajas especiales repletas de ostras. Verás cuando baje la marea.

Y así fue. Cloe esperó impaciente y, al cabo de un rato, se acercó y observó los criaderos de ostras, ésas que a su mamá le gustaban tanto.

Al salir de allí, pasaron frente a un restaurante. Una bandeja redonda con ostras bien ordenadas y listas para comer decoraba la mesa de la entrada. Junto a ella, se exponían una serie de quesos de la localidad: camembert, pont-l'évêque, livarot...

—Bonjour, voulez-vous goûter nos plats typiques?

Cloe comprendió que la invitaban a probar las viandas de la región. Miró las ostras, pero la idea de comerse un animal vivo no le atraía, por muy típicas que fuesen. Con los quesos se animó. Probó un trocito de cada uno, sin saber decir cuál era su favorito. ¡Y es que los quesos franceses estaban tan ricos!

Cloe cerró los ojos y disfrutó del último bocado, porque, al abrirlos, se encontraba en uno de los lugares más impresionantes del país. Estaba en la playa, y, a pocos kilómetros, se erigía una pequeña isla con una abadía en la cima.

—¡Qué isla tan pequeña y tan bonita!

—Es el Monte de Saint Michel. Podemos caminar hasta allí.

—¿Sobre las aguas?! —Cloe sabía que con su amigo todo era posible.

—Ya sabes que en esta región, cuando baja la marea, nada es lo que parece.

Al rato, con la marea baja, Cloe se dio cuenta de que podían llegar a pie.

—Sí, ya veo que parece una isla, pero sólo lo es a ratos.



Ambos rieron, con esa “isla no isla”. Sus pies se hundían en las blandas arenas. Mientras se aproximaban, Cloe vio la estatua de San Miguel encima de la abadía. Recordó cuando lo visitó en otra ciudad francesa y se alegró del reencuentro.

Atravesaron la puerta de la muralla que rodeaba la isla y subieron por una calle empinada hasta llegar a la abadía de Saint Michel. Dentro del edificio, Cloe disfrutó toda su arquitectura. Lo que más la impresionó fue una especie de patio con columnas.

—A este claustro se le llama “La Maravilla” —le explicó el Poulbot, que la vio con la cara maravillada.

—Sí, yo también lo llamaría así —respondió Cloe boquiabierta.

—Los monjes de esta abadía escribieron a mano muchas obras, ¿quieres ver alguna?

Y, sin esperar respuesta, se hallaron en el Scriptorium de Avranches, donde se encontraban libros muy antiguos, con papel amarillento y escritos con tinta. Un señor muy amable la invitó a escribir en un pergamino con una pluma, al estilo antiguo. Cloe cogió la pluma alegremente e intentó imitar la letra de uno de los manuscritos; así fue como comprobó lo laborioso que era escribir en la Antigüedad.

En Montmartre, Cloe apareció junto a un pintor. Su mano sujetaba una pluma inexistente y parecía que dibujaba. El artista creyó que lo imitaba, como si fuese un mimo. Le pareció divertido, así que le dejó un pincel y un lienzo pequeño para que pintase junto a él. Los padres la fotografiaron, alegres de tener una hija artista.

Capítulo 12. CENTRE-VAL de LOIRE, ¡Cuántos Castillos!

—¿Y los châteaux? ¿No es famosa Francia por sus castillos? —fue lo primero que preguntó Cloe al Poulbot cuando lo vio esa mañana, rodeado de pintores y en la plaza habitual.

—Parece que me lees el pensamiento —fue la única respuesta de su amigo, que la transportó directamente frente a uno de los castillos más imponentes de Francia.

—Es el castillo de Chambord, en la región del Centre-Val de Loire, ¿contenta?

Cloe permaneció paralizada y muda durante unos segundos. El castillo parecía salido de un cuento de hadas, con jardines cuidados como hace siglos.

Se aproximaron a la entrada y los recibió un señor vestido con ropas medievales.

—Viens-ici, où vas-tu? Ne quittez pas le groupe.

Por los gestos, Cloe comprendió que la llamaba y le pedía que se uniese a un grupo de jóvenes. Tenían mapas y se preparaban para realizar una búsqueda.

—Este señor es el maestro relojero de este castillo y nos pide que resolvamos ocho enigmas. Coge un mapa, te ayudaré.

Se colaron por las innumerables habitaciones del castillo, con techos altos, cuadros en las paredes y alfombras con varios siglos de antigüedad. Gracias a la ayuda de François, Cloe resolvió los enigmas con rapidez. Nadie entendía cómo esa chica que sólo chapurreaba el francés había sido la primera en resolver el misterio.

“Es lo bueno de tener un amigo invisible”, pensó nuestra amiga.

Como Cloe deseaba ver castillos, François la llevó a la ruta de los castillos. ¡Vio al menos veinte! Le gustó saber que en los de Amboise y de Blois habían vivido reyes.

François consideró que Cloe necesitaba un descanso, así que se acercaron a Lamotte-Beuvron y la dejó frente al escaparate de una pastelería. Cloe comenzó a salivar, le apetecía degustar todos los dulces, galletas y pasteles que veía.

—Te traje a este pueblo para que pruebes la tarta Tatín —François señaló una tarta.

—¿Tarta de manzana? Está rica, ya la conozco.

—Ésta no. ¡Pruébala!

Cloe se sorprendió cuando descubrió caramelo líquido dentro de su tarta. El sabor era diferente y estaba mucho más deliciosa que las que conocía.

—Cuenta la leyenda que una pastelera, con las prisas, cometió un error al hacer la tarta. El resultado fue esta nueva especialidad.

—¡Ojalá yo cometiese esos errores! —exclamó Cloe justo antes de abrir la boca y meterse el último trozo.

En Orleans, aparecieron junto a una estatua ecuestre de una mujer.

—¡Es Juana de Arco! ¿Aquí también es famosa?

—Sí, libró la ciudad de los ingleses; fue durante una batalla importante en la guerra de los Cien Años.

—¡Cien años! —Cloe no podía creer que la gente luchase durante tanto tiempo. Lo que no sabía es que, en realidad, la contienda duró incluso algunos más.



Como el Poulbot viajaba en el tiempo y el espacio, la trajo justo a la celebración de las fiestas Johanniques, en nombre de la heroína. Las calles rebosaban de gente, en el mercado medieval se adquirían productos artesanos y gente disfrazada de la época desfilaba a caballo. Una chica, no mucho más mayor que Cloe, la invitó a montar a su grupa. Le colocó un casco y una armadura y Cloe paseó por las calles de Orleans como un caballero de la Edad Media. Pasaron por la puerta de la casa donde vivió Juana y atravesaron la calle que lleva su nombre. Antes de llegar al final, se pararon para observar la iluminación de la catedral. Todo esto, en honor a la heroína más valiente de Francia.

Lo siguiente que le llamó la atención fue una mezcla de deliciosos perfumes. En esta ocasión, François la había trasladado a Chartres. Ante ellos se extendía una fila de frascos antiguos con líquidos de colores.

—¿Estamos en una fábrica de perfumes?

—Casi. Es el museo del perfume. En esta región son famosos por sus perfumes y productos de cosmética. Si quieres, mezclamos algunos.

Cloe pensó que podía meterse en problemas, pero había un taller para mezclar aceites y destilar las flores y plantas al estilo tradicional. Cloe olfateó algunos y combinó sus favoritos. El resultado fue un olor diferente, fresco e innovador. El señor del museo le preguntó cómo lo había elaborado. Anotó el nombre de los productos y las cantidades. Después, se fue a hacer una llamada.

—¿Habré inventado un perfume nuevo?

Al volver, le dio una tarjeta y le pidió que se pusiese en contacto con esa persona. Cuando se alejó, Cloe le preguntó a François:

—¿Podría llamar a mi nuevo perfume por tu nombre?

Los dos se miraron y rieron: perfume “François” o “Poulbot”. ¿Cuál elegirían?

Se disponían a abandonar el museo cuando, en una mesa de la entrada, Cloe vio un frasco de caramelos de colores. Pensó que serían para los visitantes, así que lo cogió, lo abrió y se dispuso a probar uno.

—¡No comas eso! —la increpó el Poulbot—. No son caramelos, son pastillas. Esta región es famosa por sus medicamentos. Seguro que alguien se las ha olvidado.

La catedral quedaba justo al doblar la esquina. Cloe admiró su tamaño y se fijó en las vidrieras tan coloridas. Algunos rayos se reflejaban en ellas y les daban luminosidad.

—¿Te gustaría fabricar la tuya propia?

—¿Inventé un perfume y ahora voy a fabricar una vidriera? ¡Voy a ser famosa en tu tierra!

—Sí, eres una artista, eso será uno de los motivos por los que puedes verme.

De camino al Centro Internacional de la Vidriera, discutieron sobre el tamaño y la forma de la ventana. Ya en el museo, después de admirar las vidrieras de la exposición, se dirigieron al taller.

Cloe eligió una forma redondeada y pequeñita. Se concentró en su creación, tanto que perdió la noción del tiempo. Cuando su obra salió del horno y se enfrió, se la dieron envuelta en un papel de seda, suave y semitransparente.

Al metérselo en el bolsillo, se encontró en la plaza de siempre. Volvió a introducir la mano y comprobó que seguía allí, su ventana había viajado con ella.

—¡Gracias! —Al ver que la gente la miraba, disimuló y continuó—. ¡Gracias, mamá y papá, por traerme a Francia!

Sus padres no sabían a qué venía ese arrebató repentino, aunque ya no se extrañaban de nada.

En el otro bolsillo notó una tarjeta rectangular. El perfume “Poulbot” seguiría en marcha.

Capítulo 13. PAYS DE LA LOIRE, aprieta el acelerador

Al llegar a la plaza, Cloe escuchó una especie de canto mezclado con queja de pájaro. Pensó que algún animal sufría y lo buscó. Cuando encontró la procedencia del sonido, vio que no era un animal, sino su amigo, que cantaba o, al menos, lo intentaba.

—¿Para quién canturreas? ¿Te escucha alguien más?

—Canto para mí. Así, si lo hago mal, nadie puede decirme que me calle.

Los dos rieron. La verdad es que su voz no era muy melódica. Cloe iba a decirle lo que pensaba, pero decidió guardárselo. Además, al momento se encontró rodeada de la nebulosa acostumbrada.

Delante de Cloe se extendía una planicie con grandes formas rectangulares rellenas de agua.

—Hoy visitaremos el Pays de la Loire, ¿te gusta la sal?

—¿Sal? ¡Si es gris!

—La sal de las salinas de Guérande es grisácea.

Cloe observó cómo unos trabajadores recolectaban la sal con diferentes herramientas. Una chica cercana pensó que Cloe era una trabajadora más y le dio un palo que terminaba en una especie de cedazo.

—Puedes ayudarla a recoger la “Flor de Sal”.

—¿Flores de sal? —Cloe imaginaba flores que flotaban en el agua.

—Es una sal muy fina, mira cómo lo hace ella.

Cloe observó a su compañera y la imitó. Había más salineros, unos recogían sal gruesa; otro, fina, y ella, la flor. A Cloe le gustaba trabajar al aire libre y sentir el calor del sol y la brisa del océano.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Al abrirlos, aún olía el océano, pero un estruendoso ruido la sobresaltó.

—¡Rápido! ¡Mira por esta grieta!

Ante Cloe, un abismo de vértigo se abría entre dos grandes rocas. El ruido crecía cada vez más. Centró la mirada y vio cómo el mar entraba y rellenaba parte de la grieta. A la chica le pareció que el océano estaba enfadado con la roca y venía a regañarle. ¡Qué bramido!

—Lo llaman “El Pozo del Infierno”. Cuando sube la marea, el océano se filtra entre las rocas a toda velocidad.

A Cloe le entró un escalofrío por el cuerpo: el rugir y el nombre del lugar no le daban buena espina.

—¿Hay algo más tranquilo por aquí cerca?

Y así fue como se encontró en las calles de “Île Penotte”, que no era una isla, sino un barrio de Sables d’Olonne, una localidad costera muy turística. Las calles estaban empedradas y había mosaicos muy decorativos. Cloe corría a admirar unos y otros, impresionada. Se encontraba rodeada de seres mitológicos y personajes fantásticos. En la puerta de una casa decorada, se hallaba una señora, con una copa de vino blanco de la región y un plato lleno de moluscos en su concha. La mujer observaba el ir y venir de la chica, su cara de entusiasmo y sus demostraciones de alegría.

—¿Quieres probar una vieira? Necesito las conchas para seguir con la decoración del barrio.

Cloe se quedó paralizada. Allí, frente a ella, se encontraba la señora que había creado todo ese mundo fantástico. Se llamaba Danièle Arnaud-Aubin y era una artista local. Cloe se aproximó; no probó las conchas porque no solía comer animales, pero sí le apeteció charlar un rato con la creadora.

—Pregúntale si sabe lo que es un Poulbot —le pidió François a Cloe.

—Un Poulbot eres tú —respondió Danièle, que podía ver y oír a nuestro personaje.

—¿Tú también puedes verme?

—¡Claro!, las artistas somos personas cercanas a la magia y al misterio. Seguro que tu amiga creará alguna obra un día de estos.

—Bueno, ya ha inventado un perfume —puntualizó François con un guiño.

Durante un rato, ayudaron a decorar las calles. Al despedirse, Danièle le regaló una vieira a Cloe.

—Toma, te regalo tu primera pieza, espero que crees un personaje fantástico nuevo.

Justo le dio tiempo a sujetar su concha cuando ya estaba en el puerto de Saint Nazaire. Cloe miró hacia las aguas y se asustó al ver la silueta de una especie de ballena gigantesca.

—¡Una ballena! ¡Varada en el puerto! ¡Hay que salvarla!

Cloe estaba nerviosa y preocupada, aunque François no perdió la calma. Al contrario, le respondió con una sonrisa burlona.

—Sí, sí, una ballena. Venga, vamos a su barriga.

Y al momento se encontraron en el interior, aunque no de una ballena, sino de un submarino anclado en el puerto.

—Esto es el submarino Espadón. Dio diecisiete vueltas al mundo y fue el primer submarino francés que navegó bajo el hielo polar.

—¡Qué interesante!

Cloe correteó por los estrechos pasillos, probó las ajustadas literas y terminó en el puesto de “oídos de oro”. Se colocó los cascos e intentó oír el sonido de la superficie.

—¡Sólo escucho un barullo horrible!

—Hay que ser un experto. Los tripulantes de este submarino podían distinguir un barco en la superficie, el crujir de un iceberg o incluso cientos de gambas chocar contra el casco.

Y, sin prepararla para la próxima aventura, Cloe se vio dentro de un coche de carreras, con un casco y a toda velocidad por el circuito de Le Mans. Su vehículo era veloz y ligero y el Poulbot la ayudaba con el volante. En una recta, cogió tal velocidad que el coche se alzó y se separó unos milímetros del suelo.

—¡¡¡Vamos a volar!!!

Y así es como Cloe se vio en la plaza de Montmartre, al grito del vuelo; sus manos pretendían sujetar un volante invisible y su pie apretaba un acelerador inexistente.

Definitivamente, sus padres y todos los habituales de la plaza habían decidido ignorar sus rarezas.

Capítulo 14. ÎLE-dE-FRANCE, vista Desde arriba

Aquella mañana, Cloe parecía angustiada. Se adelantó a su familia y llegó antes a la plaza.

—¡Mañana volvemos a España! —gritó cuando vio a François, sin importarle quien escuchaba.

—Lo sé. Dejé la guinda de la tarta para el final: ¡mi ciudad!

Y sin más, aparecieron en el interior de un campanario, el de Nôtre-Dame de París. Cloe había visto ese lugar en el cine, aunque no recordaba la película. Dio una vuelta, y junto a una enorme campana se encontraba un señor encorvado. Parecía muy triste.

—¡El jorobado de Nôtre-Dame! ¡Es él! ¡Lo recuerdo!

—Sí, Víctor Hugo, uno de nuestros grandes escritores, escribió la obra. —Miró a Cloe y se dio cuenta de que sólo estaba interesada en la expresión tan afligida del protagonista de la historia—. No hace mucho la catedral sufrió un gran incendio, por eso está tan apenado. Él es el espíritu mágico de este lugar.

Cloe recordó lo que le gustaba a este ser mágico tocar las campanas de su catedral, así que se aproximó a él, le cogió la mano y, juntos, tiraron de la cuerda larga y gruesa y se pusieron a tocar. Primero de forma suave y después con más fuerza. El jorobado comenzó a reír y el sonido de las campanas, melódico, se unió a su risa. Parecía una obra musical.

Cloe tocaba, reía y saltaba, tanto que parecía volar. En uno de los saltos, se encontró en lo alto de la Torre Eiffel. Ahora podía contemplar París desde las alturas.

—¡Estamos en lo más alto del símbolo de París! ¡Qué flipada! — Cloe, que había visto la torre días antes, la observaba ahora desde otra perspectiva diferente.

—Pues hubo un tiempo que quisieron derruirla. Después se dieron cuenta de que era ideal para las antenas de radiotelegrafía. Las tecnologías y la comunicación salvaron la torre.

—¡Qué interesante!

—Ahora lleva el nombre de su constructor, aunque antes era “la torre de los trescientos metros”. Tiene algunos más, pero a los franceses les gusta redondear.

—Sí, torres de trescientos y guerras de cien.

Ambos rieron, era estupendo acordarse de todas las aventuras vividas en esos días.

Desde allí arriba, el río Sena parecía llamarlos. François consiguió una barca con remos y paseó a su amiga. Junto a ellos, los turistas del “barco mouche” fotografiaban una barca con remos que se movían solos. Nuestra chica sonreía, algo tímida, y movía la mano como si tuviese un mando que los controlase, para disimular.



Al descender, y mientras pasean por los Campos Elíseos, Cloe disfrutó de unos champiñones blancos, típicos de París. Al fondo de la calle, un arco espectacular, el Arco del Triunfo. Cloe recordó el arco natural que vieron en Normandía, en los acantilados. Ambos le resultaban impresionantes.

François la llevó ante un inmenso palacio con una gran pirámide de cristal en el centro del patio delantero.

—La visita al museo del Louvre es esencial. Es como visitar el mundo.

¡Y cuánta razón tenía el Poulbot! Dentro descubrió obras de grandes civilizaciones antiguas: orientales, egipcios, griegos, romanos, de la Edad Media...

Después de varias horas con una sorpresa tras otra, Cloe se detuvo ante una escultura alada sin cabeza ni brazos, una especie de diosa y ángel encima de un barco.

—Es la Victoria de Samotracia, la “diosa de la victoria”.

Por un momento, Cloe se sintió como ella, victoriosa de poder volar en el tiempo y el espacio y conocer lugares tan fabulosos.

—Todo no va a ser monumentos y arte, en París tenemos mucha diversión —le comentó el Poulbot, justo cuando abandonaban el recinto.

En medio de un puente colgante, en la isla de los Piratas de Disneyland, a Cloe comenzaron a temblarle las rodillas.

—¿Me vas a dar sustos hasta el último día?

—Agárrate a las cuerdas, sigue adelante, hay que buscar un tesoro.

Cloe consiguió salir de ahí a duras penas; atravesaron pasadizos oscuros, se encontraron con algún pirata aterrador y, finalmente, encontraron un tesoro. En el interior, un surtido de dulces franceses hizo que los ojos de Cloe brillasen: macarons de colores, croissants de chocolate y tiernos brioques. Cloe los probó todos e intentó disimular lo ricos que estaban, pues no deseaba hacer sufrir a François.

Y así, con la boca llena y manchada de chocolate, es como Cloe volvió a la plaza.

—Mañana regreso.

Cloe no podía decir mucho más, iba a echar mucho de menos a ese espíritu burlón de ese barrio de artistas.

—Los espíritus somos mágicos. Tal vez volvamos a vernos.

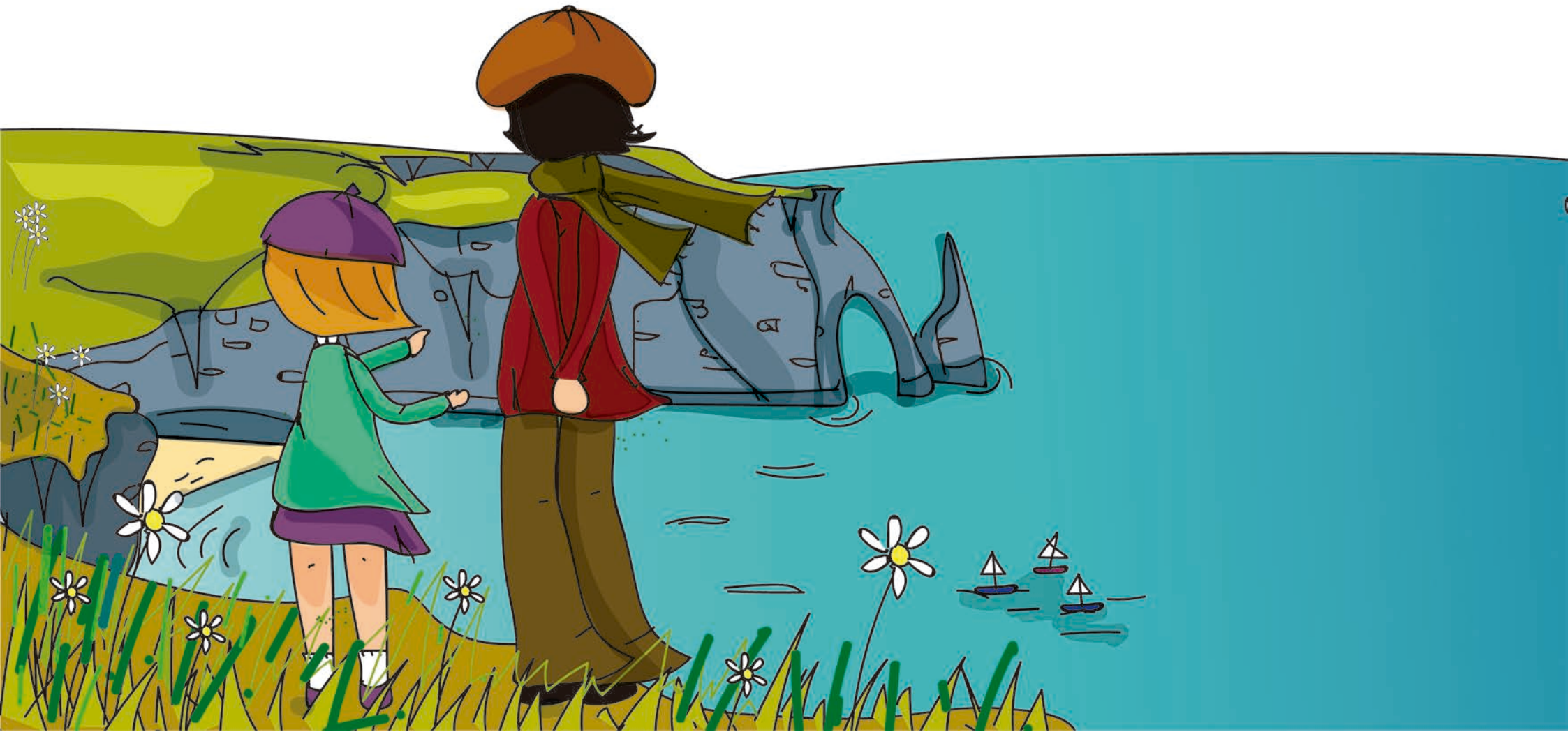
Por unos segundos, la magia del Poulbot logró que fuese visible ante todos los ojos. Justo en el momento que Cloe se abalanzó a abrazarlo. Finalmente, más de un pintor comprendió lo que pasaba.

Al día siguiente, desde el avión, Cloe miró el barrio de Montmartre, a lo lejos. Creyó ver un punto brillante y pudo oír a su amigo:

—Tú serás una gran artista. ¡Cree en ti!

Una nube se cruzó y ya no pudo ver nada más. Aunque François seguiría siempre en su recuerdo. Quién sabe, tal vez volviesen a encontrarse.

FIN



La autora

Elisabeth Muñoz Sanchez, “miss eli”

Elisabeth Muñoz Sánchez, alias “Miss Eli” es licenciada en Psicopedagogía y diplomada en Magisterio. Actualmente trabaja como profesora de español de infantil y primaria en un colegio internacional en Marbella.

Eli comenzó a escribir cuentos infantiles en 2013, varios de los cuales son bilingües en inglés y castellano. Colabora mensualmente escribiendo cuentos en el periódico cultural Granada Costa, del que es directora adjunta en la provincia de Málaga. Actualmente continúa con varios proyectos, todos relacionados con el mundo infantil y juvenil.

Eli ha obtenido el premio del Certamen Literario del Liceo Blas Infante de Torremolinos y la asociación, Yo ¿producto andaluz? en diciembre de 2014 con el libro “Alba descubre las culturas”, también editado en WeebleBooks.

Eli también ha sido finalista en el certamen de cuentos infantiles organizado por la fundación Granada Costa con su cuento: “Hadirena, mitad hada, mitad sirena” en diciembre de 2015.

Blog: <http://misselibooks.wix.com/author>

Email de contacto: fairydreamsediciones@gmail.com



La ilustradora

Carmen Ramos

Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Ha ilustrado nuestros libros [Peppoff y Kampeón](#), [El libro mágico de la Naturaleza](#), y [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y se encuentra en proceso de ilustrar otros tres libros más. Estamos encantados con ella.

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visitad:
<https://www.behance.net/carmenisa>

Contacto: carmenisa@gmail.com





En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos, más divertida, moderna, creativa y sin barreras económicas o geográficas.

Un proyecto educativo abierto a la colaboración de tod@s para fomentar la educación, ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas.

Nos hemos enfocado al desarrollo de la lectura como una actividad clave para nuestro público juvenil.

Creamos y editamos libros educativos, divertidos, actuales, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que son gratis! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar gratis, visítanos en: www.weeblebooks.com



WeebleBooks



Vídeo



WEEBLEBOOKS

<http://www.weeblebooks.com>